

LA ARGENTINA DE AYER Y DE HOY (*)

En nombre de la Universidad, saludo en vosotros los diplomados de 1929, la nueva esperanza intelectual que florece con la juventud, en la eterna rotación de las generaciones. El espacio se ha poblado de rumor de alas y el alma de la emoción de esta despedida. Es el momento de callar, viendoos partir con impaciencia lírica hacia los senderos de la acción, callar

(*) Discurso leído en el acto de la XVIIª colación de grados de la Universidad de La Plata, el 24 de mayo de 1929.

En estas páginas ensayo una interpretación idealista de la Historia Argentina. Por razones que se explican, en virtud de la oportunidad en que fueran leídas, se omiten las notas y aun las pruebas, de más de una afirmación que se hace en el texto. Observará el lector con razón que sería necesario comenzar definiendo este idealismo filosófica e históricamente, y sería necesario, además, abarcar a América hispánica, en una interpretación general.

Afirmo que el idealismo de nuestra historia se opone a la interpretación económica y determinista, predominante o exclusiva, y es, por lo tanto, una teoría sobre los factores psíquicos dirigentes o sea, una valorización de los medios instituidos por los hombres para lograr la consecución de fines.

Tengo en cuenta, una concepción sobre las corrientes principales en hispano-americana, como la expuesta por Víctor Andrés Belaúnde (en el *Mercurio peruano*, de septiembre-octubre de 1926), que distingue en literatura las corrientes colombiana y platense en la cultura de América: la primera, estética, unida a la tradición española; la segunda, nacionalista y política (Belaúnde la llama pragmática y empirista, denominaciones que considero inapropiadas), que estudia el medio físico, social y político, la literatura gauchesca popular, los prosadores y escritores políticos.

Mi crítica a Belaúnde consiste en afirmar que al conocimiento de los va-

para preguntarse « a solas, sin testigo », como dice el verso de fray Luis, acerca de todo lo que ha quedado por hacer o está hecho y que vosotros, un día, que yo deseo próximo, continuaréis haciendo o será reconstruído con vuestro esfuerzo.

Cada generación tiene el derecho de examinar la labor de la que le ha precedido y estas horas que vivimos, son de revisión de ideas y de crítica de valores en el mundo.

Para que este juicio contenga un pronunciamiento fundado en la justicia y observación de los hechos, es necesario ampliar la visión del horizonte, situarnos en el tiempo y en el lugar, abarcando a la nación en su historia y en su política; y ahora digamos, en alta voz, lo que sentíamos en la intimidad de este acto sin solemnidad.

La cultura es una armonía interior, acendra y purifica el alma porque es don de comprensión de los hombres y las cosas, y esta ponderación o equilibrio de fuerzas es la fugacidad de un punto de unión del pasado con el presente, la plena conciencia de que la historia viene hacia nosotros y nos llama o nos impone una misión.

No se sabe adónde se va, cuando no se sabe de dónde se viene; donde no hay historia veraz, no puede haber política veraz, ha escrito Alberdi en potente síntesis.

Sepamos, pues, de dónde venimos y este esquema histórico que ahora expongo, es de las ideas o grandes corrientes, que han labrado la conciencia colectiva imprimiéndole un enérgico rumbo. Referirse a la historia de las ideas es escudriñar el alma, la zona de las pasiones fértiles de un pueblo, y es también, descubrirse a sí mismo en el sistema social, pues, en la base y en

lores propios se une la existencia de ideales superiores, fusionándose armoniosamente en nuestra historia.

Y escritas tales palabras, leo estas de mi ilustre amigo Alfonso Reyes, de una conferencia que acaba de dar y de la cual reproduzco este único párrafo textual, que es el publicado :

« La Nación Argentina es un pueblo fundado premeditadamente sobre la conciencia y el deseo de los hombres, pueblo en que el agente humano consciente ha tenido tanta importancia por lo menos como el arrastre natural de los hechos. Viril experiencia filosófica que interesaría a un utopista del siglo XVI o a un enciclopedista del XVIII. »

la cima de lo económico, de lo político y de lo ético, se erige lo ideológico como factor de la civilización. La historia está hecha por los hombres y la esencia de la obra que realizan, aun en lo material, se da en estados de conciencia.

Hablar de la Argentina de ayer y de la Argentina de hoy, desde tal punto de vista nuevo, en vísperas del 25 de mayo, es deber de este profesor que recibió el legado de la cátedra de manos de Agustín Álvarez y que la desempeña, a falta de ciencia, con espíritu de trabajo y amor hacia nuestra madre, la Universidad.

LA ARGENTINA DE AYER

Se llamaba Argentina ya desde los oscuros orígenes, nombre que figura en el título del poema de Barco de Centenera y de la crónica de Ruiz Díaz, a principios del siglo XVII.

Pero no se trata del nombre sino del alma, es decir, de la formación de una conciencia propia.

El creyente de la concepción providencialista de la historia, — doctrina que no comparto — tiene sus razones para pensar que hemos sido dotados maravillosamente desde los comienzos, para la realización de grandes designios en América. Hechos orgánicos, en la constitución de nuestra sociedad, consolidándola sobre nuevas bases, fueron, entre otros : el concurso de españoles europeos más dispuestos para el ahincado trabajo, en virtud de la mísera condición de esta tierra sin minas y casi sin indios ; el carácter de estos españoles, verdaderos inmigrantes más bien que aventureros ; la circunstancia de constituir su entrada en estas comarcas una verdadera colonización y haber sido el Plata la región más frecuentada y deseada para su radiación por los extranjeros, pudiéndose admitir que la afluencia de genoveses, portugueses e ingleses, ha sido excepcionalmente estimable durante toda la época colonial. La España popular — de obreros, campesinos, sacerdotes, comerciantes, desde el miserable al héroe — se espeja en la colonización del Plata, donde se forma tempranamente una democracia embrionaria.

La composición social y la pobreza de la tierra sin metales preciosos, por oposición al lujo de los imperios indígenas y mi-

neros de Méjico y del Perú, formaron esta democracia colonial, animada de ímpetus disolventes y de espasmos revolucionarios, pero con sentido fecundo para la evolución de nuestras instituciones. Una conciencia nueva aparece en los últimos treinta años de la dominación española, y su síntoma es el fenómeno de la expansión del espíritu de sus hombres caracterizados que toman posesión del territorio y comienzan a explotarlo racionalmente, aspirando a conocerlo, describiendo con exactitud, lo mismo el suelo que el habitante.

A estos precursores les somos deudores de un arriesgado esfuerzo, ensayando infundir la fe en las ideas. Generación de de hombres que abre la senda en aquella selva que era la ignorancia general, que no cree en el milagro de la legislación como panacea de todos los males, adoctrinada por la lección de la experiencia, pero que confía en el poder de las ideas como medio de elevación de las almas.

La impulsión optimista de estos anunciadores de nuestra grandeza aspira a mucho más.

Pretende también convertir la ociosidad del pueblo arrancándole del pastoreo. Su prédica está dirigida a propagar la civilización de la agricultura. Mientras el comercio español explota el cuero solamente, en unión con los hacendados y a expensas de la barbarie de los habitantes, la conciencia naciente clama y exige libertades en favor del cultivo de los campos. El amor a la tierra y su propiedad, el ideal del trabajo y el sentimiento de la familia, vendrían con la agricultura como lo proclamaban los fisiócratas, y la edad del trigo superaría a la « edad del cuero », como se ha llamado a esa larga etapa de la historia argentina.

La Revolución nace en la dominación española, pero va contra ella. La colonización fué un acto popular de España, la Revolución fué un acto popular de la América libre naciente.

La democracia de la colonia nos emancipó de todo extraño poder y el mirador más alto desde el cual el estudioso domina este panorama es el que se define por el carácter popular de la Revolución, que se nutre en las capas más profundas de la sociedad.

¿Qué era racialmente la sociedad argentina de 1810? Cuatrocientos mil habitantes integraban la población del territorio de

lo que es hoy la actual República, formada de la escasa corriente española, la mínima porción existente de raza indígena, el ingerto de raza africana, la penetración de extranjeros y la mezcla entre todos ellos.

¿Qué era espiritualmente aquella sociedad? No es fácil definirla, por lo mismo que era poco densa y se dilataba en la extensión de un coloso geográfico. A pesar de su heterogénea constitución étnica, desde el punto de vista ideológico era una sociedad igualitaria, sin clases sociales superpuestas como castas, sin jerarquías políticas anquilosadas, sin prejuicios profundos en las almas y a su frente, una minoría dinámica que descubrió en el seno de la masa el secreto de los ideales colectivos y le dió la adecuada expresión, animadora e idealista, en el dogma de Mayo.

Mayo significa, además de la independencia, la república y con ella la consagración de derechos naturales como el derecho al bienestar y a la cultura.

Se estampan admirables declaraciones, en documentos de nuestro bautismo histórico. Para evitar la codicia de personas poderosas que compraban dilatados terrenos por el interés de la reventa, o para establecer grandes posesiones que quitan a los pobladores la esperanza de ser propietarios algún día, se dictaron reglamentaciones previsoras. Se deseaba que los propietarios de tierras incultas las dieran en enfiteusis a los labradores para que se apegasen a ellas y trabajasen como en casa propia. El principio que sustenta la fundación de la *Gazeta* era el de que el pueblo tiene derecho a saber la conducta de sus representantes, estableciéndose el precepto de la libertad de escribir, que vale tanto como afirmar la emancipación del espíritu. Si se oponen restricciones al discurso, dijeron, vejetará el espíritu como la materia y el error, la mentira, la preocupación, el fanatismo y el embrutecimiento harán la divisa de los pueblos y causarán para siempre su abatimiento y ruina. Si los pueblos no se ilustran, se proclama también, si no se vulgarizan sus derechos, si cada hombre no conoce lo que vale, lo que puede y lo que se le debe, nuevas ilusiones sucederán a las antiguas y después de vacilar algún tiempo entre mil incertidumbres será tal vez nuestra suerte mudar de tirano sin destruir la tiranía.

Las bibliotecas públicas son los signos de la ilustración de los pueblos, se declaró al crear la de Buenos Aires en cuyo decreto se dice que « toda casa de libros atrae con fuerza irresistible la curiosidad; y la concurrencia de los sabios con los que desean serlo produce una manifestación recíproca de luces y conocimientos que se aumentan con la discusión ».

Cuando se ha ascendido tan alto en el vuelo de las ideas, no sorprende que los hombres de Mayo declararan que los beneficios de la libertad no eran solamente para los naturales del país sino también para el extranjero diciendo : recibámoslo en buena hora, aprendamos las mejoras de su civilización, aceptemos las obras de sus industrias y franqueémosle los frutos que la naturaleza nos reparte a manos llenas, aunque no se debe incurrir en el error de aquellos pueblos que se dejaron envolver en las cadenas de otros más poderosos, y lo llamaron invitándole « a trasladarse a este país francamente », gozando « de todos los derechos de los ciudadanos » y mereciendo la aprobación del gobierno « los que se dediquen a las artes y a la cultura de los campos ».

Ahí está reflejado, con palabras que ellos escribieron, lo que fué espiritualmente la Revolución, ahí está la imagen de la nueva sociedad que forjaron los argentinos de 1810, proclamando sentenciosamente la soberanía del pueblo, la libertad política, la república institucional, el derecho al bienestar y a la ilustración, para nosotros y para todos los hombres del mundo que quieran habitar nuestro suelo, como reiteraron después los constituyentes de 1853.

Un rasgo más acusa esta fisonomía moral de la Argentina de hace ciento diez y nueve años. El país estaba despertando súbitamente a la riqueza por la valorización de sus frutos y sus tierras. Aquel punto geográfico, fugitivo y obscuro, colocado a orillas del Río de la Plata, entró a desempeñar una función histórica hegemónica en la América hispánica, ya a fines del siglo XVIII, cuando Méjico y el Perú habían agotado sus riquezas metálicas, y el Río de la Plata — sin minas pero de sugestiva leyenda — ahora descubría las suyas, consistentes en los opulentos tesoros de sus tierras pródigas, inagotables y siempre renovadas por el trabajo del hombre.

Ante el avance de riqueza que se desplegaba con la edad del trigo, los argentinos de 1810 nos advirtieron que la grandeza de los pueblos no es económica, sino predominantemente ética y cultural y dijeron «que el que no sienta los estímulos de una noble ambición de saber, busque para su habitación un pueblo de bárbaros o de esclavos» y aspiraron a fundar un instituto superior o universidad, para cuyo fin llamarían a hombres sabios «que reglando un nuevo establecimiento de estudios, adecuado a nuestras circunstancias formen el plantel que produzca algún día hombres que sean el honor y gloria de su patria».

Aspiraciones, inquietudes e ideales colectivos que constituyen el fondo psicológico de aquella generación, que el acontecer histórico le dió después las formas macroscópicas en declaraciones de principios, derechos y garantías de nuestra constitución. No fueron salvadas las inevitables etapas de la historia interna y las crisis de los gobiernos patrios, la anarquía disolvente, el fenómeno del caudillismo y aun de la dictadura constituyen el proceso de la integración y discriminación de la nacionalidad a la luz de una interpretación filosófica.

En 1837 se constituía la Asociación de Mayo o mejor, la Joven Argentina imitando a las instituciones similares de la Europa de ese momento, sobre todo la Joven Italia, fundada por Mazzini en 1830. Las «palabras simbólicas» de su programa se sintetizan en un gran juicio sobre la tradición de Mayo, a la que querían volver para fundar la nación, y se enuncia la doctrina del presente y del porvenir con el concepto esencial de la democracia para explicar la evolución argentina. Así, el verbo de Echeverría resonó en la conciencia de la juventud anunciando la nueva era palingenésica de regeneración y progreso. Por su parte, Alberdi descubría las *Bases*, del país en nuestra propia historia y avanzó una interpretación empirista, afirmó: «Hoy debemos constituirnos, si nos es permitido este lenguaje para tener población, para tener caminos de hierro, para ver navegados nuestros ríos, para ver opulentos y ricos nuestros estados».

Después de la guerra contra Rosas, se alzó otra vez el fantasma de la guerra civil entre los argentinos, anarquizando la república, hasta su consolidación definitiva en Pavón.

En nuestra historia todo se ha hecho con intervención del

pueblo : la Revolución, la independencia, la anarquía, la guerra civil, la organización institucional y aun la dictadura de Rosas.

La interpretación de nuestros grandes hombres o de la individualidad ejemplar consiste en descubrir el vínculo que los une estrechamente con su momento y el genio político se define en nuestra historia por la visión para representar y ejecutar con energía y claridad de fines los ideales del pueblo.

LA ARGENTINA DE HOY

Con la federalización de Buenos Aires en 1880, que entraña la solución de un grave problema que viene desde los orígenes coloniales, se cierra el período de la Argentina de ayer y se inaugura un nuevo momento histórico.

Entre aquel pasado y este presente no hay solución de continuidad, es la misma Argentina de los orígenes que se enriquece, material e institucionalmente y despliega la totalidad de sus posibilidades y fermentos para el progreso.

En la primera etapa, el vínculo nacional, salvóse intacto de las dramáticas peripecias internas y la Constitución que fué un ideal de Mayo, se consagra en 1853. Desde entonces, sigue operando sobre las fuerzas activas y pensantes de la república, promoviendo su indefinido desenvolvimiento, pudiéndose decir de nuestra carta política, que cada uno de sus artículos es en síntesis, proyección de nuestra historia y proclama de nuestros ideales.

La Argentina de hoy, con ser un país joven — circunstancia que explica sus rápidos progresos e instantáneas transformaciones — tiene en su pasado inmediato la fuente de su inspiración liberal.

Logrado el equilibrio político con la palanca de la capital de la República, un hecho saliente de la vida constitucional contemporánea es la evolución centralista del régimen federal, por la atracción económica y espiritual de Buenos Aires, contra cuya tendencia ha comenzado a reaccionarse, resolviéndose problemas técnicos y económicos de las provincias con el fin de restablecer su equilibrio. Desde el punto de vista de la política interna, el sistema de la democracia libre y la pureza del su-

fragio distinguen a la Argentina de hoy como uno de los países en que mejor funciona el sistema de la voluntad popular y las instituciones representativas.

Económicamente, la generación de 1880, inspirada en los postulados de Alberdi, hizo nuestra riqueza. Los cuatrocientos mil habitantes de la Argentina de 1810, pasaron a más de un millón en 1860, según cálculos de Martín de Moussy y a dos millones aproximadamente en 1870, según el censo del año anterior.

Después de 1880, cifras desconocidas se registran en la inmigración, en la extensión de líneas ferroviarias, en el intercambio exterior y en los saldos favorables de la balanza comercial. Constituimos hoy uno de los países más ricos del globo, proveedor de materia prima, fuente de riqueza que no está solamente en el suelo y subsuelo, sino en su habitante que sabe trabajarla y explotarla racionalmente. Tal riqueza está al alcance del brazo trabajador y ha redimido de la miseria y abyección a millares de seres, que han venido al país al amparo de una avanzada legislación social humana, incorporándose a la vida de una democracia que no es xenofoba, pero que debe procurar la asimilación de los extranjeros.

El paralelismo en el desenvolvimiento sincrónico de lo político y económico de nuestra historia, y aun en punto al carácter directivo de la forma, que es lo gubernamental sobre la materia o contenido económico, se acusa enérgicamente en 1890, en cuyo momento se obscurece el horizonte del país y una gran fiebre de especulación y riqueza, aumenta la corrupción imperante, hechos que sumados a otros antecedentes explican el estallido de la revolución en aquel año, que tiene profundo sentido moral.

Sentido histórico trascendental tienen también las revoluciones políticas que han explotado desde 1874 en el proceso de las luchas de los partidos internos, revoluciones que han desplegado la divisa, consistente en conseguir las garantías para hacer efectivo el sufragio del pueblo y suprimir la presión oficial en la designación de los gobernantes.

Por los Pactos de Mayo de 1902 evitamos la guerra con Chile y se convino el tratado de arbitraje general, retirándonos de la cuestión del Pacífico, entre el país nombrado y el Perú, cuestión en la que no eramos parte.

La Argentina ha resuelto por el arbitraje todos sus conflictos de límites con naciones hermanas, acatando los fallos, no obstante tener la conciencia de los legítimos derechos que le asistían.

Esta aspiración pacifista, en un país de heroica tradición guerrera que ha llevado sus ejércitos de la independencia hasta las líneas del Ecuador, tiene una significación internacional, entraña el respeto por la soberanía del derecho en los pueblos grandes o pequeños.

Entre los síntomas de vitalidad moral de nuestra sociedad acusados en estos últimos tiempos, me limito a recordar el amplio y fecundo sentimiento de nacionalidad que inspira al pueblo, su amor al trabajo y el ahorro, la transformación política y ética alcanzada con la ley del voto secreto y obligatorio, la moralidad administrativa de que se hace cada vez más clara conciencia, y la capacidad de funcionarios y representantes del pueblo aplicada a la realización de obras públicas.

No me ciega un exaltado sentimiento patriótico para hablar en lenguaje ditirámico, pues creo que hay fallas y defectos en la psicología de nuestra sociedad, como la burocracia que esteriliza en el empleo tantos esfuerzos que podrían ser fecundos para el trabajo; el sentimiento de codicia y sensualidad por la vida material; una despreocupación culpable por resolver graves problemas como el de la mortalidad infantil, y como el de la carestía de la vida en el seno mismo de la abundancia, provocada por la legión de intermediarios y especuladores.

Tales vicios se combaten con eficacia en un país que no sólo tiene reservas sino sobrantes de energías, y del que puede decirse que la consolidación de sus elementos propios, sumados con los integrantes, ha hecho de la Argentina una nación y el afianzamiento de su régimen político ha asegurado el progreso de una democracia en la historia contemporánea.

ANHELO DE CULTURA SUPERIOR

Aparte la profunda preocupación por resolver los problemas de la Escuela primaria y segunda enseñanza, en la histo-

ria argentina antigua y en la moderna palpita en todo su curso un anhelo de cultura superior.

Durante la Revolución ocupan la escena dos jóvenes universitarios, educados fuera de Buenos Aires.

El uno, precursor, venía de la lejana Salamanca, era Manuel Belgrano, que abrazó con fe el ideal de la instrucción pública; el otro, Mariano Moreno, director de la Revolución, venía de la Universidad de Charcas y aspiraba a educar el nuevo soberano.

Entre las sombras de 1821, ante el espectáculo del país devorado por la anarquía y el caudillismo triunfante, hombres solidarizados en la causa de Mayo — Pueyrredón primero, Rivadavia y Antonio Sáenz después — encendieron la luz de la Universidad de Buenos Aires. Esta vibración intelectual fué bien pronto un sonido trémulo de voz lejana hasta después de Pavón, en que la Universidad renació con la unidad política, creciendo desde entonces al ritmo acelerado del potente desarrollo del país.

Es inútil exigir que haya ejercido desde sus orígenes profunda influencia en la formación de los hombres superiores del país, aunque la ha ejercido en la cultura general, pues ahora como hace más de un siglo, las facultades de Buenos Aires y salvo contadas excepciones no han diplomados sino profesionales y altas expresiones de la cultura o no han sido universitarios o han acrecentado su saber fuera de la Universidad.

Mientras la Universidad de Córdoba desempeñaba su misión histórica conforme a un molde clásico, evolucionando con lento ritmo y la de Buenos Aires, de molde napoleónico, satisfacía las necesarias exigencias para dar al país lo que éste reclamaba en hombres expertos en el ejercicio de las profesiones liberales y en hombres públicos con capacidad política, la Universidad de La Plata nacía con un espíritu nuevo: el ideal de la cultura superior por ella misma. Iniciábase con esta institución, dijo González en la Memoria de 1905, « una nueva corriente universitaria que sin tocar el cauce de las antiguas, y sin comprometer en lo más mínimo el porvenir de las dos universidades históricas de la nación, consultase, junto con el porvenir del país, las nuevas tendencias de la enseñanza superior, las nue-

vas necesidades de la cultura argentina y los ejemplos de los mejores institutos similares de Europa y de América ».

La Universidad de La Plata es una institución nueva, porque ha sido organizada como Universidad en la cima de sus Facultades, no sólo en cuanto ejerce una jurisdicción suprema como gobierno, sino desde los puntos de vista didáctico y científico, haciendo circular entre todas ellas la vida de la correlación de los estudios, unificando las enseñanzas afines y estrechando las filas entre profesores y alumnos de todas sus Facultades, frecuentación en el trato y en las opiniones de físicos, naturalistas, químicos, agrónomos, veterinarios, abogados, humanistas y cultores del arte, que tanto vale lo que acaba de decirse en pocas palabras, como afirmar que la Universidad tiene su alma propia, que piensa, siente y quiere.

Es una institución nueva porque ha incorporado a su sistema el Museo y el Observatorio como modelos que debían adoptarse en el seno de las Facultades para dominar la tendencia del profesionalismo asegurando el predominio de la investigación científica como viene practicándose, con éxito, a iniciativa del Presidente de la Universidad y decanos, fundándose institutos en las Facultades de química, física, veterinaria, derecho, humanidades, ciencias médicas y los nuevos fitotécnicos y de sueros y vacunas de Santa Catalina. Estas fundaciones y los seminarios existentes con asiento en las Facultades y escuelas elevan sensiblemente el nivel de la enseñanza, y hace del profesor, no el repetidor que balbucea un texto hasta su jubilación ajustándose a un programa enciclopédico, sino el hombre de estudio que enseña sin jactancia a los jóvenes lo que ha podido investigar o meditar. Conforme al ensayo de este sistema no se sacrifica la enseñanza para hacer puramente investigación, pues hasta aquella llegan los beneficios de esta última, pero tampoco se sacrifica la investigación a la enseñanza profesional, debiéndose admitir que no son funciones que se oponen entre sí y se están conciliando admirablemente en este gran experimento que realiza la Universidad.

Es una institución nueva porque esta Universidad de La Plata abarca la universalidad de la cultura en sus distintos grados de enseñanza, y González como Rivadavia la extendió

hasta la escuela primaria, haciendo llegar a ella, aplicados por sus propios hijos intelectuales, los principios de la cultura superior y le dió asimismo el Colegio Nacional y el Liceo de señoritas para transformarlos en los colegios modelos pre-universitarios.

Es una institución nueva porque la ciencia pura y aplicada que se elabora en ella y los problemas del saber que estudian profesores y alumnos, no es una ciencia y un saber enclaustrados, sino que en función de extensión universitaria, todas las vibraciones del mundo han de irradiar en sus cátedras, gabinetes, seminarios y laboratorios, y al amparo de la libertad de pensamiento y de enseñanza, profesados por hombres de tendencias diversas pero con autoridad intelectual, desde aquellas tribunas y mesas del trabajo todas las doctrinas pueden ser desplegadas y discutidas en el lenguaje de la ciencia y de la filosofía. Extensión universitaria que se desarrolla regularmente en variadas formas, desde las conferencias públicas, las clases para los maestros de la Provincia, la función cultural de la Biblioteca de la Universidad, a las publicaciones de todas sus Facultades, que constituyen sin duda la forma más perfeccionada, y que ha concluído por darle gran renombre en el dominio científico.

Por último, en fin, es una institución nueva, porque ha surgido en una ciudad nueva, y en el seno de una sociedad progresista y culta como ésta de La Plata, la ciudad universitaria por excelencia de la República.

Lo anteriormente afirmado no impide reconocer que las universidades de Córdoba y Buenos Aires, como las más modernas de Tucumán y Litoral procuran resolver sus problemas teniendo en cuenta los fines de la ciencia y la cultura superior.

A esta labor estamos consagrados, deseosos de colaborar en la investigación científica y en la ciencia pura para echar las bases de una auténtica cultura superior, pero que reclama el concurso de muchos esfuerzos con unción y fe en el estudio de las ciencias de la naturaleza y del espíritu; y ésta es la obra que vosotros, graduandos y estudiantes que me escucháis, rectificaréis un día para sustituirla, completarla o superarla, dán-

dole a la nación, que es un emporio de gente pacífica y que está constituida institucionalmente, su personalidad moral en el dominio sin fronteras de las ideas universales.

Somos fieles a nuestros orígenes señalando el sentido de esta actividad generosa de la juventud universitaria de hoy, y repitiendo como en 1810, que se impone formar «el plantel que produzca algún día hombres que sean el honor y gloria de su patria». Hay un mundo potencial de valores espirituales que constituye nuestra verdadera tradición idealista, que debemos continuar y desenvolver, encadenando la Argentina de nuestros mayores con la Argentina que vivimos (1).

Por lo dicho y todo lo que es necesario omitir por razones de tiempo, resumido en el concepto de que en la historia argentina hay una gran polarización de los ideales nacionales, yo creo que constituimos más que un pueblo nuevo, una cultura naciente.

Graduandos de 1929 :

Antes que profesionales y especialistas, en cada uno de nosotros vibra un espíritu integral.

Es necesario tener ideas generales. Pobres los seres que viven sin conducta al día, sin saber cómo vivirán mañana, arrastrados por los vientos de intereses encontrados, más débiles que el pródigo o el frívolo a quienes falta el sentido de la previsión.

Es necesario tener las ideas generales que suministra una amplia cultura, fundada en la ciencia de las ciencias, en el co-

(1) Desde este punto de vista adhiero a la opinión de Waldo Frank, que sustenta concepto análogo en *Nuestra América*, y *Redescubrimiento de América*. Pero no comparto la opinión que acaba de expresar entre nosotros, en una notable conferencia — desde otros puntos de vista — sobre *El problema de las relaciones entre las Américas* (*La Nación*, de Buenos Aires, 22 de octubre de 1929), en donde habla de una Argentina que no ha nacido.

Esta sugestión del artista y pensador que es Frank, a quien yo he saludado con admiración en la Universidad de La Plata, no es precisamente la que se esboza en el texto de este opúsculo. Mucho es necesario hacer para vigorizar la personalidad moral de la nación, pero la Argentina tiene una conciencia histórica y marcha a impulsos de una corriente vital de idealismo.

nocimiento de la experiencia acumulada humana, en el arte que hace brotar en el alma el ideal de la belleza. Nos ponemos en condiciones entonces de pensar en la fragilidad de los bienes materiales o del poder por el poder, que no son sino instrumentos para la realización de fines y en la eternidad de los bienes morales. Artífice de su propia voluntad sólo al hombre le es dado cantar la victoria sin vencidos sobre sí mismo.

Es necesario tener fe en la acción, y hay que lanzarse al choque de la realidad, a veces desde el lugar del hombre solitario, que acaso sea el más fuerte, y a veces en unión con los demás, y entonces en la solidaridad hay abnegación y sacrificio. En cualquier caso se impone abrazar una causa, que cuando es noble aunque limitada es siempre grande y luchar por ella si es preciso con carácter indomable de combatiente que no transige pero que respeta en el adversario la propia personalidad al revés. El enemigo es en verdad el aliado que nos ayuda a darnos íntegramente con brío redoblado a una idea o a una obra.

Para realizar un ideal de cultura es necesario tener horas libres, substrayéndonos aunque sea en momentos de reposo, al vértigo de la velocidad de la vida actual.

El verdadero saber se atesora humildemente leyendo o meditando en instantes grávidos de inspiración y nada tiene que hacer con la seudobibliografía, atiborrada de autores y de hechos, porque es más que un conocimiento, un sentimiento.

Que este sentimiento de la cultura, como expresión de justicia y de amor, os conduzca sonriente a la conquista de vuestras aspiraciones, para bien de vosotros y de la patria, y para honra de la Universidad.

RICARDO LEVENE.